

X ATANASIO VITERI



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



El artista es el destrozado hombre de la angustia. Se ha forjado un mundo perfecto en la imaginación. Un plano luminoso y universal en el que ni siquiera la sombra de un ave volando puede ensuciarlo. Como esa perfección imaginativa no puede tener fundamento en un mundo que a cada instante con el hecho grosero contradice la imaginación diáfana, surge la melancolía como musa de transición. La melancolía es, pues, el resultado del conflicto del mundo real, deprimido, execrable, contra el mundo ideal sembrado de lechosas estrellas.

La melancolía es mental y verdadera. La primera no está exenta de dulzura, a pesar del origen artificioso. La segunda sacude el ser como un árbol bajo la tempestad. La melancolía mental se apoderó de nuestros poetas modernistas: Noboa Camaño, Borja, Fierro. Los tres fueron ricos, linajudos, revestidos por anticipado con las armas del triunfo mundano. Sin embargo, perecieron. Sólo así se explica a la mariposa que se encandila con la llama de la lámpara. Se llenaron de una poesía dolorosa y se inmolaron frente a la imaginación como ante un cerco de espadas. La melancolía verdadera, aquella que penetra en la vida, con más profundidad que la esteva que se hincan en la tierra y la desborda a los cantos del surco que abre, es la que tuvo Whitmann, conmovido y clamoroso por la muerte de Lincoln. Whitmann fue más bien el poeta del júbilo que saltara al contacto de la naturaleza y de los hombres, pero que se estremeció por aquel que llamó "Capitán", en el sentido de conductor del pueblo y escribió la elegía más conmovedora que se haya escrito en lengua inglesa, tanto como lo es el Cantar de Manrique por la muerte del padre, en la lengua española.

Pero, ninguna melancolía verdadera, tiene tal plenitud humana, tanta tragedia contenida, en la sencilla gran-



deza con la que está hecha, sin llegar, sin embargo, a la desesperación, como aquella escena cervantina de los galeotes. Don Quijote rige las bridas de Rocinante por el camino de polvo y de pedrisco que va trillando en sus andanzas. Un grupo de galeotes encadenados, sitibundos, con el sol en la frente y el polvo en los labios, viene en sentido opuesto por el camino. La presencia de los galeotes para don Quijote no fue otra cosa que la de hombres oprimidos y esclavos, y su mente tan rápida en la concepción del bien y de la libertad, concibe la resolución de romperles las ataduras ferradas. Emprende en favor de los oprimidos y los libera. Uno de los galeotes, con risa de demonio, con depravación demente, se acerca al Quijote, es decir a su libertador, y la cruza la cara con las cadenas rotas. Don Quijote se llena de melancolía verdadera. De haber reflexionado en el pago que dan los esclavos a sus libertadores, acaso hubiese huído de su mente la divina demencia.

En el rostro del artista se marca la melancolía. Alguno ha encontrado el sosiego, se doblega, triza su frente al no poder encontrar el mundo de la perfección imaginativa y se resigna. Otros no se avienen. Más bien han pasado de la tortura a la desesperación. Goethe, es el gran resignado. Napoleón, semejante a él, anda hendida la frente con torturante estigma, sin encontrar sosiego.

La melancolía, en la remota antigüedad umbría, se repartió en idilio y elegía. El idilio brotó de los bosques, de las fuentes bullentes y de la contemplación de la naturaleza. Caían las bronceas hojas secas, ululaba el lobo, se esparcía la soledad. La naturaleza penetraba en el hombre y lo doblegaba. Una dulce tristeza, como una miel áspera, le penetraba por la garganta opresa. El contemplativo ser, pastor o poeta, se ponía a lamentarse de la mujer arisca. Garcilaso es hasta hoy el mayor poeta de la dulzura castellana. Fray Luis de León, otro idílico, busca los parajes recoletos, la huerta cerrada, el claustro del bosque y los celebra, habla de la felicidad de los oteros con melancólica quejumbre. Tuvo una alegría paradójica. En ninguna parte de su poesía hay el júbilo del espectáculo, sino la celebración de la soledad, y la soledad es siempre triste. Sin embargo, el idilio nunca fue una fatiga, sino un reposo. Es tan bello escuchar la lengua de plata de las fuentes de agua, el sonido de garganta humana de los caños. La naturaleza musical invade la vida interior del poeta y sale por



su lengua los versos transidos, hechos a la misma melodía del agua murmurante. El idilio que es reposo, austero y contemplativo, jamás llegará a la desesperación. La desesperación jadea y se rompe, como quien descubre una melancolía objetiva que se despedaza.

Lo elegíaco es lo plañidero, sin llegar tampoco a la desesperación trágica. Whitmann a la lamentación al contemplar el cadáver de Lincoln. Manrique más bien reflexiona al contemplar el hueso mortal del Almirante de Castilla. Y quien reflexiona, no se enloquece de temor como Hamlet, discurriendo como un demente de ojos asombrados.

El idilio lleva a lo voluptuoso, es decir es una melancolía que busca recompensarse con la vida que anda en la floresta. Casi es un deseo de ver a la pastora esquiva de sus pechos, acercarse al pastor y cubrirle con las caricias que antes le denegaba.

Conforme avanza el tiempo la melancolía se ha ido ensanchando. El poeta que no encuentra conciliación entre la vida ideal y la real, se repliega adentro, busca la grieta de la soledad en el propio pecho hendido, con los bordes sangrientos de la herida incurable. La melancolía que no quedó afuera en los bosques ni que siguió la huella de los cadáveres que al fin pasan al olvido y a la sepultura, en repliegue interior termina por envenenar a las vidas de mayor resplandor. Más bien, la realidad metida, les quema. Por eso se siente el paso de poetas envenenados, insanos o ensangrentados. La desesperación terminó por arrebatárles la dulzura y la delicadeza del espíritu, en cuya defensa se inmolaron. Tolstoy saltando de su lecho mortal, vaga por el campo en la más asombrosa agonía de un hombre que anda, a pesar del desfallecimiento, para evitar la caída en el abismo o para salir de una vez apresurado al encuentro de la muerte, hasta que se abate al borde del camino. El barro que le cubre llora de rocío y el polvo germina como trigo cuando nace el sol, luego de la terrible aurora que viera agonizar al viejo profeta del corazón humano.

Gogol, otro que perece de desesperación, tuvo la muerte inaudita. Ningún ser se ha destrozado tanto con sus manos. Se deja morir de inanición, no se nutre, no mira, tiene el ciego perecimiento, no escucha el sordo rumor de mosconeos que circula en torno de aquel que está embru-



tecido de sufrimiento: deja caer sus brazos y su mentón porque su voluntad ya no existe. Poco antes levantó una hoguera de contrición, poniendo a arder sus libros y manuscritos. Mandó al fuego aquello que en su origen vino del fuego. La poesía gemía al quemarse. Ni siquiera se salvó volando con la imaginación. Hasta que en un instante los ojos se fueron abriendo por el hielo.

Y qué decir de Klaist? Aquel poeta fugitivo de Europa, que fatigó caballos a lo largo de los caminos, que destrozó los ejes de acero de los coches, como si huyendo con medios artificiales hubiese podido huir de él mismo. No le vino la desesperación de golpe como a Gogol, sino que ésta le venía fatigando desde hace mucho tiempo. Vivía en estado de agonía. La muerte y el demonio le cabalgaban en la nuca. Se suicidó al borde de un camino, en compañía de una mujer cancerosa, incurable, que aceptó morir junto a él. Parecía una boda de dos seres podridos, cuya luna de hielo, sería la luna verde, como único residuo de luz que le quedara en las tinieblas eternas.

Dos hombres, con suplicio interior, se abren dos caminos diferentes en la melancolía: Barbusse, el autor de "El Infierno", el libro más escéptico que se haya escrito, que cegó mi adolescencia de todo júbilo y que le hizo sentir tan tempranamente la amargura del vinagre que los verdugos le pasan por los labios al inocente, se quedó en la desesperación. El otro, que es Romain Rolland, mas bien se refugió en la ternura, escribiendo esa epopeya del amor humano, que se llama "Juan Cristóbal".

A Hamlet, el ser atormentado, le salva la tragedia, es personaje de la tragedia, se queda en lo heroico, casi en el hierro y en la piedra, habitando en la punta de un cuchillo o en las nieblas de la insania. Bellamente sanguinario como un crepúsculo, desesperado hasta romper la piedra del castillo de Elsinor con el grito. Es un ser angustiado, pero Shakespeare, le mantiene en la bruma heroica de la tragedia, sin hacerle perecer por completo. La tragedia, aunque parezca paradójal, por el aspecto heroico de que ella se reviste, evita ser vencida por la angustia, que es una corriente interior de fuego que consume, implacable, pero inerme cuando se presenta el héroe trágico. Edipo vive hasta con sus ojos arañados.

La melancolía de hoy es verdadera, penetra con fuerza en la vida. Ya no es esa melancolía romántica y vieja,



como una telareña con gemido de no ser nube. Ya no es tampoco la desesperación que termina por destruir. Es algo más. Se llama angustia.

Paul de Saint-Victor, el inigualable cronista francés por la elegancia de sus términos en el estilo y la capacidad mental impresa en las ideas, dice lo siguiente: "uno de los sangrientos eclipses que ha conocido la humanidad, en una época en que la idea del derecho había desaparecido de la conciencia", refiriéndose a una ruda época de la historia. A este eclipse de la moral y a esta extinción del derecho, debemos añadir factores fabulosos que han hecho del presente siglo, el más turbulento de la historia. Si se piensa en las cremaciones y en las grandes hecatombes de Hitler; en las mordazas de hierro sobre las bocas y siniestro espionaje de Mussolini; si se piensa acerca del régimen franquista que fusiló a Federico García Lorca, reventó los pulmones granados de Miguel Hernández, en la cárcel, hizo morir en el destierro a Machado, aceleró la agonía de Unamuno que empezó a finar por el espíritu para que empiece la devastación del caduco cuerpo; se horripila en las hazañas sombrías de los dictadores americanos, sórdidos, lujurientos y carniceros; no se esperará melancolía de los escritores de hoy, ni la desesperación que les permita extinguirse, sino en esa especie de ponzoña lírica, aterciopelada y jabonosa que es la angustia, rayada en negro como un jaguar, pesada como una estrella extinta, que trocó la voz de las lamentaciones pastoriles, de la nostalgia, de los gritos de Lautreamont desde el fondo de las cavernas, en el grito inhumano de la angustia que puede derribar un bosque enhiesto al proferirlo.

Citaré dos ejemplos de concentración de la angustia, del grito inmenso como para ser escuchado por la naturaleza, lanzado por los angustiados de hoy, suma de clamores, voces altísimas de profetas condenados: Camus y Hesse. Camus aulla como un lobo pestífero y Hesse como el lobo solitario de las estepas. Nadie hoy día es idílico, se han envenenado las fuentes y se han hendido los cedros del bosque; ridículo sería el lamento elegíaco; consternaría por su miseria moral la melancolía de los individuos. No hay ni siquiera desesperados porque el hombre, pendiente de un mundo que podía ser destruido en cuarto de hora, por balas estelares, ha aprendido a endurecerse, a sufrir adentro, ha entregarse a sus cuevas de furia y de desolación. En un



mundo donde la técnica del acero ha sobrepujado a la poesía, en donde la física ha crecido más que el sentido moral, y donde en las manos, en dos manos acaso, se retienen las armas que darían término a la tierra y al ser humano que la habita. Este universo ha caído en la angustia y sus escritores han logrado expresarla en gritos portentosos. Tal el origen de la angustia en el mundo de la poesía siempre infausto.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL